

MIÉRCOLES DE CENIZA

La conversión del polvo

Jl 2,12-18; Sal 51[50]; 2Cor 5,20 - 6,2; Mt 6,1-6.16-18

El gran símbolo de este día, la ceniza en nuestra frente, plantea la pregunta sobre el significado del cuerpo. Ceniza: la carne fugaz, que pasa y no vuelve, como la hierba del campo. Ceniza: fuimos plasmados de la tierra y a ella volveremos. Ceniza: el cuerpo, dependiente y frágil, es polvo y en polvo se convertirá.

Pero ¿está dicho todo con esto?

Resulta que la ceniza, al revelarnos la carne pasajera, revela mucho más. Revela que necesitamos pedir ayuda y que podemos esperar que nuestro grito sea escuchado. Revela que necesitamos el amor y que ese amor lleva consigo una esperanza superior a nuestras fuerzas aisladas. Quevedo lo expresó así, recordando que habíamos de convertirnos en polvo, pero también que ese polvo se había abierto al amor: “polvo serás, mas polvo enamorado”. ¿Y no hay algo en el amor que desafía incluso a la muerte?

Este es el fondo del anuncio cristiano. El polvo es frágil y volverá al polvo. Pero ese polvo, humedecido, fue modelado por las manos de Dios y en él se insufló espíritu vital. Y por eso al polvo se le ha hecho una gran promesa. Si, siendo polvo, reconocemos en nosotros las huellas digitales del Creador, si nos convertimos a Él, si entramos en su amor..., entonces podremos recibir en plenitud su Espíritu.

Cuando se impone la ceniza se pronuncia una de estas dos frases: “polvo eres y en polvo te *convertirás*”, o “*conviértete* y cree en el Evangelio”. Son dos “conversiones” que guían toda la Cuaresma. “En polvo te convertirás”, es decir: acoge la humildad de la carne, llegando hasta su fondo de sufrimiento y muerte. Y, a través de esta debilidad, se abre la segunda conversión: “*conviértete* y cree en el Evangelio”, es decir, *conviértete* al gran misterio de vida y amor que se ha manifestado en la carne de Cristo para sanar y glorificar nuestra carne.

En suma, toda la Cuaresma trata de la conversión del hombre en polvo, pero no para quedarnos en esta primera conversión, sino para descubrir la conversión del polvo en carne resucitada, rebosante de vida. Este lenguaje de la carne está contenido en las tres claves de la Cuaresma: la limosna, la oración, el ayuno.

La *limosna* nos habla del cuerpo que se abre al hermano. La primera profundidad del cuerpo es que por él pertenecemos a una misma familia. Por eso la carne nos permite experimentar por dentro el sufrimiento del prójimo, y también sus esperanzas. Así dice la carta a los Hebreos: “acordaos [...] de los maltratados como si estuvierais en su carne” (Heb 13,3). Limosna: si el hermano es mi carne, si con él comparto el bien más hondo, ¿cómo no compartir los demás bienes!

En la carne nace también la *oración*, porque en la carne entendemos nuestra debilidad y nuestro menester de socorro. La oración del mendigo tiende abiertas las palmas a Dios, y esto basta como súplica. Quien no necesita nada, ése no ora. Orar consiste, siguiendo a san Agustín, en agrandar los deseos, para desear a la medida de los dones que Dios quiere regalarnos. Y los deseos nacen de la carne, como canta el salmista: “Mi carne tiene ansia de ti...” (Sal 63[62],2).

Finalmente, está el *ayuno*. La carne que ayuna clama, pues desea y no alcanza su deseo. Pero de ese modo no niega el deseo, sino que lo dirige a su meta última. Pues a veces nuestros deseos inmediatos ocultan los deseos más hondos. Ayunar no es acallar los deseos, sino encauzarlos hacia su plenitud. El ayuno cultiva el deseo por la cumbre de todos los deseos en el Amado. Es decir, el ayuno nos entrena para la resurrección de la carne, donde desemboca la Cuaresma.

Pedimos que en esta Cuaresma el Señor nos lleve al hondón de la carne. El hondón de la carne es la memoria que los dedos de Dios han dejado en ella. Y es la promesa que estos dedos sembraron: la carne colmada de la gloria del Creador. Cristo, tomando la cruz, muriendo y resucitando, nos lleva al fondo de la carne, y nos descubre qué hay en ese fondo: la imagen y semejanza de Dios.